

Nicolás Guillén frente al debate de raza y cultura en Haití

Emilio Jorge Rodríguez

Ensayista.

La visita de Nicolás Guillén a Haití en 1942 ofrece la oportunidad de un análisis comparado en torno a las concepciones sobre raza y cultura en el contexto nacional de dos territorios caribeños. Debemos precisar el carácter de la visita y la categoría otorgada al visitante por ambas partes, la cubana y la haitiana, y la doble condición del visitante: su ya reconocido prestigio internacional, a inicios de la década de los 40, como intelectual, en la línea de la denominada poesía afrocubana, lo cual era particularmente sensible en el ámbito del vecino país —denominado la República negra de América por detractores y admiradores—, y su amistad con el escritor Jacques Roumain, luego de conocerse en 1937 en París, quien sería el alma auspiciadora de esa visita por la parte haitiana y presidente a su vez del Comité de Recepción creado al efecto.

Nicolás Guillén visita Haití como representante del Frente Nacional Antifascista de Cuba, y además como delegado especial en Haití de la Sociedad Colombista

Panamericana, para representar a la Comisión organizadora del Congreso Histórico Municipal Interamericano.

En lo coyuntural, debe verse con detenimiento el momento en que se produce esta visita, así como la correlación de fuerzas mundiales. Una polarización política se produce en el hemisferio occidental: por una parte, los Estados Unidos de Norteamérica, en la línea de respaldo a los Aliados de Europa, con el apoyo de gobiernos latinoamericanos, y por otra, varios gobiernos de países latinoamericanos que manifiestan cierta inclinación o aproximación al eje fascista, o sostienen una posición neutral ante el conflicto bélico. Los territorios caribeños resultan particularmente atractivos para la gestación de la alianza entre el primer grupo de países —donde funge como líder hemisférico el gobierno estadounidense—, principalmente para una estrategia regional de defensa del país norteamericano. En esa área, las posiciones de avanzada en respaldo incondicional al gobierno estadounidense y de oposición al fascismo europeo fueron ofrecidas por los gobiernos de Fulgencio Batista, en Cuba, y Élie Lescot, en Haití. La declaración de guerra del gobierno haitiano y el

Versión reducida de un capítulo de un libro en preparación sobre las relaciones entre Nicolás Guillén y la intelectualidad haitiana. Mención en el Premio *Temas* de Ensayo 2005.

llamamiento a los pueblos negros del mundo del mandatario, efectuado el 1º de enero de 1942, adjudicó a Lescot, a los ojos de la prensa, la desmesurada categoría de líder de los pueblos negros en su oposición al fascismo. Importantes personalidades de la izquierda marxista en Haití fueron incorporadas a la administración de Lescot, entre ellos el propio Jacques Roumain, director del Partido Comunista Haitiano desde su fundación en 1934.

En Cuba, la etapa de debates en la gestación de la Constitución de 1940 había sumado fuerzas de la izquierda, entre ellas, el partido Unión Revolucionaria Comunista, el cual aportó, como delegados a la Convención, a Juan Marinello, Blas Roca y Salvador García Agüero. Eran momentos de un despliegue estratégico de distensión por parte del gobierno, continuado por Fulgencio Batista en su mandato constitucional que comenzaría ese mismo año, luego de las elecciones generales.

Por otra parte, la admiración de Rafael Leónidas Trujillo en República Dominicana, por métodos y expresiones del fascismo patente entre los años 1934-1937, a través de sus vestimentas, la creación en marzo de este último año de legiones juveniles, como la Guardia Universitaria, uniformados militarmente «copiando tal vez lo que Hitler y Mussolini estaban haciendo, en esos momentos, en Europa, con la juventud»,¹ y otras manifestaciones externas, entre ellas, establecer el «saludo trujillista» para todos los miembros del Partido Dominicano ante el «Jefe Supremo», además de concertar varios compromisos con los gobiernos de Adolfo Hitler y Francisco Franco. Todo ello colocaba al eterno enemigo histórico y amenaza latente de la integridad haitiana en una posición de dudosa credibilidad política en torno a la Segunda guerra mundial. La aproximación de Lescot a los gobiernos vecinos que manifestaban una nítida alineación contra el eje Tokio-Roma-Berlín, articulaba una alianza que lo protegía simultáneamente del peligro dominicano, lograba una cierta independencia de fuertes vínculos previos con el propio Trujillo, y propiciaba el apoyo del gobierno de los Estados Unidos.

El respaldo que los sectores democráticos le dieran al recién estrenado presidente, quien aparentemente se había trazado un programa de consenso y unidad nacional, influyó considerablemente en las apreciaciones del poeta cubano antes de realizar su visita. Al encontrarse los Estados Unidos como copartícipe, junto a Gran Bretaña y la Unión Soviética, en la guerra, se propició una apertura a la incorporación de los sectores de izquierda marxista en los respectivos gobiernos de Cuba y Haití. Además, para el gobierno estadounidense el llamamiento de Lescot a los pueblos negros del mundo era muy conveniente, pues la población

afroamericana era una fuente de reclutamiento en ese país, a la cual era necesario convencer de que la amenaza fascista era peor que la discriminación racial que vivían en su propio territorio.

En ese contexto, se produce la visita de Nicolás Guillén a Haití, y esas características y coyunturas confluyen para lograr una extraordinaria y sostenida acogida por parte de muy diversos y contrapuestos sectores y estratos sociales de la población, desde el primero hasta el último día de su permanencia en el país.² Un total de noventa y siete referencias en la prensa local, ya sea en la forma de editoriales, artículos, notas de prensa, resúmenes de actividades, poemas, crónicas u otras modalidades del periodismo, dedicadas a la visita de Nicolás Guillén durante su estancia de cincuenta y siete días, es una notable suma en términos absolutos; pero el dato tiene una importancia mayor si tomamos en cuenta que los hechos relacionados con la Segunda guerra mundial y sus consecuencias colaterales ocupaban buena parte del despliegue informativo en esos meses de 1942. Con toda certeza, los tres temas que mantienen una atención constante de los rotativos haitianos durante septiembre y octubre de 1942 son la guerra, la presencia de Nicolás Guillén y la campaña antituberculosa que se efectuaba en el país.

En el ámbito de escritores, artistas, periodistas, educadores y otros sectores de la intelectualidad, la presencia del poeta significaba un reconocimiento palpable de las raíces comunes africanas en la cultura del vecino país, a donde la emigración condujo a miles de braceros —pagados con salarios de miseria y alojados en barracones en condiciones similares al régimen de la esclavitud— para la recolección de la caña azucarera durante las primeras décadas del siglo xx, y objetos de sostenida discriminación.

La solución de los problemas migratorios entre Haití y sus vecinos más cercanos era un asunto que diferenciaba a los gobiernos de Cuba y al de República Dominicana. Bastaría con evocar la matanza de miles de haitianos en la zona de la frontera dominicano-haitiana en 1937, para establecer una diferencia abismal con las soluciones acordadas entre los gobiernos de Cuba y Haití, que facilitarían un retorno escalonado a esa nación de los braceros, a partir del año 1933, por medio de un decreto que establecía la deportación forzada. Para Nicolás Guillén —por demás, camagüeyano de demostrada sensibilidad—, los migrantes haitianos tuvieron que haber sido una referencia personal desde su infancia, adolescencia y primera juventud, pues algunas zonas rurales de su natal Camagüey constituyeron áreas receptoras de braceros haitianos, y allí se establecieron comunidades que permanecieron y se enraizaron a Cuba.

El regocijo expresado mediante la fraternidad cultural estaba sustentado en una comunidad de valores intelectuales, ensalzados o destacados a través de la producción literaria del visitante cubano. Desde el día de llegada, por medio de sus actividades y de las personas presentes en ellas, comienza a vislumbrarse el matiz o faceta que tendrá su visita a Haití. Al menos, el matiz que le imprimirá la parte haitiana. Acuden a recibirlo, de manera primordial y mayoritaria, los sectores de la intelectualidad nacional, entendida no solamente como la representada por escritores y artistas, sino de una manera amplia, que abarca a los sectores profesionales de nivel universitario. En el aeropuerto lo esperó una representación muy diversa de profesionales que incluía psiquiatras, pedagogos, abogados, así como la gloria del deporte haitiano, ex recordista mundial de atletismo, Sylvio Cator.

No menos importante, sin embargo, es el carácter oficial que se le presta a ese recibimiento por parte de las autoridades haitianas y la representación diplomática cubana en Port-au-Prince. Estuvieron en el aeropuerto Antoine Bervin, *attaché* cultural del Departamento de Relaciones Exteriores de Haití (quien a partir de esta visita tendría importancia en las relaciones diplomáticas entre ambos países) y Avelino Canal, a la sazón Encargado de Negocios de Cuba en Haití. Por otra parte, la representación de la prensa fue amplia, no solamente periodistas de algunos de los más importantes medios de prensa, como *Le Nouvelliste*, *La Phalange* y *Haiti-Journal*, sino también sus directivos.

En las primeras palabras de Nicolás Guillén en la recepción de bienvenida, como muestra de la emoción personal que le propiciaba este agasajo, prometió, a su regreso a La Habana, «llevar, junto a mi corazón, el corazón de Haití». Estas declaraciones, además de demostrar una profesión de fe caribeña (era la primera visita que realizara el poeta a otro país caribeño) y de inscribirse en un momento de especial tensión en el mundo, donde las alianzas continentales se erigían como centro de atención, constituían —en el caso de Guillén— una reafirmación y un ajuste de cuentas, simultáneamente, ante una polémica que había pretendido lesionar la imagen del autor en ciertos sectores haitianos, motivada por un artículo que publicó el periódico *Le Matin* el año anterior, donde se le acusaba de manifestar un sentimiento ofensivo hacia el país anfitrión. Resulta llamativo que entre los diarios representados esa tarde en el recibimiento, no se encontrara ningún periodista de *Le Matin*.

La polémica se suscitó a partir de un artículo de Guillén publicado el 19 de enero de 1941, en *Magazine de Hoy*, titulado «Haití: la isla encadenada», que describía las hermosuras naturales de la vecina nación, la historia y la valentía de los luchadores haitianos, una profusa

mención de los valores intelectuales, así como el desconocimiento que se tenía en Cuba de todo ello, para exponer a continuación el estado represivo en que vivía ese país bajo el gobierno de Sténio Vincent, quien había contado con amplios sectores al inicio de su gobierno; pero, una vez entronizado en él, se había convertido en represor de las libertades públicas y del periodismo y acababa de proclamar la prolongación de su mandato por otros cinco años, después de una permanencia de dos períodos presidenciales previos. Finalmente, el artículo reclamaba la atención de la opinión pública para que no se olvidara esta situación.

El periódico *Le Matin*, en su número del 4 de febrero de 1941, había sostenido que su texto era «un tejido de mentiras, calumnias y voluntarias inexactitudes», a lo cual respondió el cubano con otro titulado «Más sobre Haití» (*Magazine de Hoy*, 23 de febrero de 1941), en forma de una carta al director del rotativo haitiano donde reclamaba que en lugar de tergiversar sus opiniones, reprodujera el citado artículo suyo en el periódico, con sus denuncias al régimen de Vincent, y que hiciera pública además esa carta. Para dar credibilidad a sus aseveraciones del primer artículo —entre ellas la descripción del maltrato y muerte de un individuo en el puerto de la capital a manos de gendarmes del gobierno— y no perjudicar a sus probables informantes, afirma lo siguiente: «He estado en Haití y he visitado Cabo Haitiano y Puerto Príncipe». Y a continuación expresa que posee mejores fuentes, como el prestigioso abogado haitiano Max Hudicourt, quien había denunciado la situación de su país al hablar en un acto organizado por el Consejo de la Democracia Pan Americana, en Nueva York, unos días antes (el 9 de febrero).

Este segundo trabajo de Guillén nos proporciona, además, la oportunidad de conocer, en sus propias palabras, sus vínculos previos con algunos integrantes de la intelectualidad haitiana, y en qué circunstancias hubo de conocerlos. Allí alude a Jacques Roumain. Este le «enseñó a amar a su infortunada isla»; del poeta Félix Morisseau-Leroy, quien hacía apenas unos meses había estado en La Habana, dice: «Me buscó. Con él charlé toda una noche, en la tertulia de un café habanero, sobre cosas de literatura y arte, y finalmente me ofreció y dedicó un ejemplar de su colección de poemas. Él fue portador además de un mensaje mío de salutación para los poetas haitianos, a no pocos de los cuales admiro»; y sobre el poeta Roussan Camille, comenta: «No hace mucho tiempo tampoco [*sic*] recibí un libro de versos de él, dedicado con firmes protestas de simpatía hacia mi persona». Y para que se tengan más noticias sobre él y su obra, les comunica que en un número reciente de la revista *Messages*, editada en Port-au-Prince, apareció reproducido su poema «Negro bembón».

Antifascismo y racismo

Por supuesto, las condiciones políticas habían cambiado en Haití después de la mencionada polémica de febrero de 1941, ya que el régimen de Vincent había caducado durante ese mismo año; Élie Lescot era el nuevo y flamante mandatario haitiano, nombrado por la Asamblea Nacional. Sobre él también había escrito Guillén, esta vez en términos elogiosos, imbuido por el ánimo de sus propios amigos haitianos y el respaldo que los sectores democráticos le dieran al recién estrenado presidente, quien aparentemente se había trazado un programa de consenso y unidad nacional.

Entre los méritos de Élie Lescot estaba la rápida decisión de declarar la guerra al Eje, en diciembre de 1941 (como consecuencia del ataque japonés a Pearl Harbor el día 7 de ese mes, que provocó la entrada de los Estados Unidos en la Segunda guerra mundial) al igual que otros gobiernos de países latinoamericanos, específicamente los de la Cuenca caribeña —entre ellos todos los países de Centroamérica, Cuba y República Dominicana—, el área tradicionalmente considerada como la de mayor importancia para la defensa de las costas estadounidenses, mientras Gran Bretaña accedía al establecimiento de bases militares estadounidenses en Jamaica y Trinidad Tobago, y se incrementaban las existentes en Brasil. En esta enumeración se encuentra el gobierno trujillista, pues todo parece indicar que su visita, el mismo año 1941, a los Estados Unidos y la adjudicación de importantes empréstitos de ese país, habían suavizado sus anteriores ínfulas de mimetismo, bastante histriónicos, hacia los modelos de actuación y el vestuario fascista. De todas formas, un alejamiento y desvinculación del vecino fronterizo estaba entre los planes del mandatario Lescot, una vez en el poder.

Así las cosas, la visita de Guillén constituía un ejemplo emblemático y oportuno, con ganancias para todos los implicados a corto plazo, pero también a una distancia mayor: no solo reforzaba la presencia de sectores de la izquierda marxista en ambos países desde el punto de vista estrictamente político, sino además permitía aprovechar la coyuntura para emprender o propiciar acciones en el plano de las relaciones diplomáticas, económicas y culturales, como nunca antes se habían desarrollado entre estos países. Guillén se convertiría en el más importante elemento catalizador de Cuba para esas relaciones.

Nuestro propósito no es enumerar homenajes y reconocimientos —que hubo mucho—, sino indagar en las ideas y sensibilidades que suscitó la presencia del poeta cubano en Haití. A esos efectos, se pueden establecer dos aspectos fundamentales, que marcarán las ideas de Guillén en su visita: 1) la lucha antifascista y el racismo; 2) las concepciones personales acerca de cultura popular y poesía.

Como observamos, Guillén seguía de cerca los acontecimientos en la vecina república. El 29 de noviembre de 1941, publica su artículo «Ejemplo haitiano» donde se lamenta del escaso conocimiento que existe en Cuba sobre ese país. A este, le seguirán otros dos, a inicios de 1942, el primero titulado «Haití y Hitler», consecuencia directa del mencionado llamamiento de Lescot. Un argumento que preside las aseveraciones de Guillén está relacionado con una concepción bastante generalizada en la época acerca de una composición étnica identificada con una idea de respuesta política uniforme de ese país, observado desde el exterior: «Sin duda —señala—, para Haití es fundamental la derrota del nazismo. En un *territorio totalmente ocupado por negros*, ¿qué suerte correrían estos si el Tercer Reich pudiera llevar adelante sus planes de conquista en el continente?». ³ En el segundo artículo repetía la idea: «Así, *alrededor de cuatro millones de negros* [...] hallanse en cierto modo incomunicados en su pequeña y bellísima prisión territorial». ⁴

Ciertamente, el discurso del Presidente haitiano afirmaba:

La causa a la que estamos unidos es también, no lo olvidéis, la causa de la raza negra, de la cual Haití es hija primogénita en este hemisferio. Antes que pertenecer a una nación, pertenecemos a una raza, y vosotros no ignoráis la suerte que le estaría reservada si las fuerzas nazistas o fascistas llegaran a triunfar. Nuestra raza se halla particularmente en juego, pues ella ha sido consagrada, desde hace largo tiempo, al odio y a la violencia de los piratas poseídos por el demonio de la dominación y de la destrucción, en concepto de cuyo jefe, el negro no tiene más que dos partidos a escoger: la esclavitud o el exterminio. ⁵

Es decir, el discurso oficial estaba basado primordialmente en la oposición al racismo fascista. Pero, analizado en su contexto internacional, o por un cubano de la trayectoria política de Guillén, tenía un dominio, una interpretación y un interlocutor diferente al destinatario local. Afirmaba Guillén que «el de Haití ha sido por largo tiempo un pueblo explotado y empobrecido. Gran cosa es por tanto que su jefe actual prometa [...] sacarlo de la ignorancia y redimirlo por la justicia [...] Un país unido es [...] al mismo tiempo un país esperanzado. Las palabras del señor Lescot abren un ancho campo a esa confortadora ilusión». ⁶

Ilusión sí lo era. Pues poco tiempo después, según avanzara el mandato de Lescot, se demostraría cuán diferente era su política interna por su alianza con la burguesía mulata en contra de los sectores más empobrecidos de la población negra. Pero el discurso aludido tenía una función no exenta de demagogia del recién estrenado presidente hacia la población local, al mismo tiempo que complacía al interlocutor

internacional. En una *Proclama* publicada por Lescot en 1941, que consistía en una serie de pautas de su mandato, declaraba su adhesión a Sténio Vincent «del que tuve el honor de recoger la sucesión en la Presidencia, el amigo tanto como jefe, al que he servido durante más de diez años de la manera más leal y sincera». ⁷ El mismo Sténio Vincent, que se había burlado y calificado de parisinos a los haitianos enfrascados en la defensa de los valores africanos, en su libro *En posant les jalons*, de 1939.

El segundo artículo de Guillén, de febrero de 1942 («Haití») aludía a la incomunicación lingüística y los prejuicios de raza. Exponía la existencia, en las principales ciudades, de «una intensa vida cultural, aunque posiblemente reducida a cierta capa ultracivilizada, que se educa en París». Y sin señalar específicamente la estratificación racial/social entre negros y mulatos, reconocía:

Por aquí tal vez anda uno de los aspectos menos positivos del problema haitiano, pues el cultivo del espíritu es cosa de élite, como consecuencia de una economía feudal [...] que tradicionalmente ha puesto en unas cuantas manos las fuentes de la riqueza, los medios de producción, generadores de los recursos materiales indispensables para la elevación de la inteligencia por el estudio y el saber. Algo de esto, por cierto, ha prometido borrar el actual Presidente [quien] sabe que la mejoría popular [...] va a permitir la unión de capas o sectores que en modo alguno pueden ser irreconciliables, pues enfrentan a un enemigo para quien todo el que no sea ario es despreciable y debe desaparecer. ⁸

Estaba en el ánimo del poeta cubano el aplauso al proyecto de Lescot según lo observaba a la distancia, motivado por su concepción del «color cubano» ⁹ en tanto expresión de la mezcla racial que propugnaba como definición del espíritu mestizo de la nacionalidad futura. Sin embargo, la historia social y la «formación racial» haitiana conspiraba contra una identidad nacional basada en el mestizaje o la mezcla racial; el proyecto de coexistencia racial estaba minado por la estratificación clasista.

En esos comentarios previos a su visita a Haití, Guillén ya procede a exponer la unidad nacional como solución ante los problemas de las divisiones raciales-sociales, y como un paso recomendable para la lucha contra el fascismo, aunque aparezcan señalados entre líneas, según sucede en las últimas frases.

Ya sobre el terreno, para Nicolás Guillén resultaron aun más evidentes dos hechos: primero, lo de *territorio totalmente ocupado por negros* tenía sus complejas peculiaridades; y segundo, entre el discurso político y la praxis había un buen tramo. El «color cubano», al que aspiraba como concepto de unidad supra-identitaria nacional para su patria, se enfrentaba a un discurso exterior y aparentemente negro en Haití, pero plagado de diferenciación interna por el pigmento más o menos

oscuro de la piel, asociado a un estamento clasista. Mientras su discurso allí se acopla a las circunstancias y evita la mención al color, su contraparte haitiana lo utiliza de manera demagógica, con otras connotaciones, asociadas a la propia historia y cultura. Al evocar después esos hechos, en sus memorias, Nicolás Guillén reconocería:

[N]o dejó de impresionarme la comprobación *in situ* de algo que ya había llegado con menor o mayor precisión a mi conocimiento, y era la existencia de prejuicios raciales, y con ello la explotación de unos hombres por otros en todo el país. Solo que los hombres explotados eran o son los negros, como en cualquier pueblo de África del Sur, y los explotadores los mulatos, que venían a hacer el papel de «blancos». ¹⁰

Lo que había encontrado en su viaje era la existencia de una «formación racial» ¹¹ diferente a la cubana o, incluso, a la estadounidense —con las cuales estaba familiarizado—, y sus reacciones se concentraron en salvar los obstáculos que eso implicaba, sin hacer dejación de sus criterios sobre temas raciales, y de identidad y nacionalidad. En el discurso cultural de Guillén durante sus actividades públicas en Haití, habrá preferencia por establecer la diferenciación racial/social a través de la referencia a lo popular y a ensalzarlo como valedero para sustentar las esencias nacionales más profundas. Solamente se refiere a los «pueblos negros» en el plano internacional, cuando alude a la lucha antifascista, como en su discurso en la Alcaldía de Port-au-Prince.

Sus abundantes referencias a los valores de lo popular entrañaban una apasionada volición que él llevaba a la escena de los debates conceptuales en Haití. Son años de mucha riqueza en polémicas, que parten de un replanteo del nacionalismo haitiano, que resurge y se desarrolla en contraposición con la intervención norteamericana, como bien había explicado Jacques Roumain (en colaboración con Etienne Charlier y Christian Beaulieu) en su *Analyse schématique 1932-1934*. Nacionalismo que tenía como uno de sus obstáculos el prejuicio de color, hecho patente a través de la oposición entre mulatos y negros, y de la discriminación de estos por los mulatos. La forma en que algunos miembros del gabinete haitiano elaboran respuestas a Guillén, transparente cierta reticencia a aceptar los postulados del cubano. Así sucede cuando el secretario de Relaciones Exteriores, Serge Léon Défly, declara de manera ambigua: «[Un poeta que] ha introducido, por primera vez, la sensibilidad de *la raza negra, a la cual más o menos todos pertenecemos en las Antillas*». Y el presidente Lescot, para elogiar y admitir una deuda con Guillén, declara: «le digo gracias por habernos dotado de todo aquello que nos ayuda a pensar, como usted, con orgullo, que somos negros, y que nos sentimos dignos

de decirlo». Lo cual era una confesión explícita de que antes de la presencia o el conocimiento de las ideas del cubano, no se consideraba negro, sino mulato, en el histórico enfrentamiento racial/social de su patria. Y después de la partida del cubano, una vez terminado el protocolo, también; pues, como lo califica la antropóloga Micheline Labelle, era un «reputado blancófilo».¹²

En el debate intelectual entre haitianos, no era Lescot el más indicado para exponer patrióticas ideas; más bien predominaba en él la supeditación a las coyunturas de la etapa. En ese *tête-à-tête* entre Guillén y Lescot, el cubano se aproximaba más que el haitiano a la idea de Dessalines de denominar *noir* a todos los haitianos, en una búsqueda primigenia de la unidad nacional. No debe confundirnos la etimología de la palabra, esa denominación de *noir* en boca de Dessalines era una forma tácita de aceptar la mezcla racial, donde el antecedente étnico y cultural africano era signo de una lucha por la libertad contra la esclavitud europea, y tenía una función positiva y constructiva dentro de su proyecto nacional.

Otros, ellos sí figuras de la intelectualidad nacional, cercanos en mayor o menor medida al presidente Lescot, llevaban la voz cantante en la elaboración de las ideas, muy contrapuestas entre sí. Entre ellos se encontraba Jacques Roumain, a quien Lescot le «dispensaba una cautelosa amistad».¹³ Partió Roumain de un debate inicial a través de su activismo político y de su producción literaria —en obras como la novela *La montaña embrujada* (*La Montagne Ensorcelée*, 1931), una indagación en el espacio rural haitiano en tanto fuente y base de la nación, con profuso interés por las manifestaciones tradicionales y las creencias religiosas (el vudú)—, hacia una transformación de sus ideas, para propugnar la eliminación del prejuicio de color en su patria, así como considerar que el conflicto entre las clases sociales era lo prioritario y que el color debía supeditarse a la clase social. La compenetración ideológica entre Guillén y Roumain era, por lo tanto, manifiesta.

Otros representantes de la intelectualidad haitiana preconizaban ideas de diferente proyección. En el extremo opuesto del espectro se encontraba, por ejemplo, Gérard de Catalogne, director del periódico *Le Soir*, un intelectual de formación francesa e ideas monárquicas, quien había confesado en su libro *Haití devant son destin*: «no creemos ni en los derechos del pueblo, ni en los derechos de los hombres, que representan abstracciones ilógicas bajo el cielo nublado», y defendía la instauración de un régimen autoritario.¹⁴ Por su vínculo posterior con el duvalierismo, en calidad de propagandista identificado con una negritud colindante con el fascismo, Guillén lo califica en su

evocación del pasado como «un francés técnicamente negro, a pesar de su rostro blanco y su pelo rubio».

Otra tendencia en cuanto al enfrentamiento racial entre los haitianos, la manifiesta Kléber Georges-Jacob en su libro *L'Ethnie Haïtienne*, indicador del momento de su trayectoria personal a la altura de 1941, pues sus convicciones y afiliaciones partieron de un vínculo inicial con el grupo Les Griots, liderado por François Duvalier.

Les Griots provenía, desde el punto de vista literario e ideológico, del movimiento indigenista —así llamado por su agrupamiento inicial en la *Revue Indigène* (1927-1928)—, que tenía como figura tutelar a Jean Price-Mars y su libro *Ainsi parla l'Oncle* (*Así habló el tío*), de 1928. Quizás esa ramificación, que tenía como guía a François Duvalier, tenga su punto de bifurcación, en su mayor énfasis, en el odio y no en la elevación de ideales raciales, como sí observaba en el indigenismo, movimiento que tendría vigencia en Haití durante muchas décadas. El odio de Les Griots tenía antecedentes en poemas juveniles de Duvalier, quien trasmitía la sensación de ser ignorado por el color de su piel.

Sin embargo, Kléber Georges-Jacob se colocaba en un ángulo levemente conciliatorio. Partía de los postulados de Les Griots, pero intentaba una respuesta mesurada a las reacciones adversas ante el movimiento. Concebía la unidad del país como el valor que cada cual debe tener de expresar libremente sus ideas y de denunciar la tara colonial que los inferiorizaba: el prejuicio por el color. Tenía una aparente coincidencia con los postulados de Roumain, pero se colocaba a distancia del enfoque clasista al establecer: «no reconocemos más que una aristocracia [...] la de las fuerzas morales, atributo tanto del más avanzado ciudadano como del campesino más basto».¹⁵ Al mismo tiempo, mantenía la revancha discriminatoria hacia el mulato, al afirmar: «Hemos preconizado la teoría de la inferioridad de los híbridos [...] Puesto que el elemento negroide es predominante, es cierto que la nueva raza biológica del futuro conservará las características de ese factor racialógico»,¹⁶ seguido de una defensa ante las acusaciones sobre racismo negro: «Es un sinsentido, una falta de información por parte de los protagonistas de la cuestión de color en Haití la pretensión de pureza de algún factor racialógico de nuestra agrupación».

Con esta situación en el espacio haitiano de inicios de la década de los 40 del siglo xx, se podrá comprender que las consideraciones sobre mezcla racial estaban en el centro de los debates, pero precisamente como argumento de lo que no podía integrar ninguna de las alternativas para el nacionalismo del momento, con la excepción de Roumain, quien veía el lado opuesto de la moneda, como explicaremos más adelante. Estas posiciones —excepto probablemente la de Gérard de

Con toda certeza, los tres temas que mantienen una atención constante de los rotativos durante septiembre y octubre de 1942 son la guerra, la presencia de Nicolás Guillén y la campaña antituberculosa que se efectuaba en el país.

Catalogne— encerraban un propósito común: el nacionalismo. En fecha más reciente, el ensayista Laënnec Hurbon ha hecho una generalización mayor al afirmar: «El nacionalismo es la base de todos los discursos políticos de Haití».¹⁷ A lo cual pudiéramos añadir que en su nombre se han realizado los más excelsos sacrificios y se han cometido las peores atrocidades en ese país. A ese haz de fórmulas enfrentadas, en torno a la idea de la nación como proyecto unitario, al lugar que le correspondía a lo racial y clasista en ella, tanto en la historia pasada como en la sociedad presente, se enfrentaba Guillén durante su visita de 1942.

Estas precisiones contribuyen a perfilar una especie de diálogo de sordos que se produce ante la presencia de Guillén. Las reacciones en los medios sociales a los que acude conforman una refinada urdimbre de los manifiestos posibles de la intelectualidad y la política local; cada interlocutor asume una interpretación diferente de su discurso, de acuerdo con su punto de vista, y eventualmente lo incorpora como emblema o escudo, según el caso, de su causa personal o grupal. No parece existir otro país de los visitados por Guillén, donde esto se produzca en similar envergadura, pues en Haití ocurre una superposición de discursos, además de la verificable polisemia de estos.

Cultura popular y poesía

Al día siguiente del arribo del poeta, aparece en *Le Nouvelliste* el artículo de Ángel I. Augier «Guillén ou la poésie cubaine».¹⁸ Allí se encuentra una presentación de las particularidades de la poesía del autor. El texto resulta apropiado para introducir la poética guilleneana en el ámbito haitiano, pues se aclara el significado del calificativo «poemas mulatos», que le otorga a sus textos de *Sóngoro cosongo*, el bautismo de la tendencia como «poesía afrocubana», así como las premoniciones de Guillén de que algún día se diría «color cubano», términos todos que tienen como idea rectora la mezcla racial, el mestizaje. Pero son los argumentos de Guillén sobre el terreno lo que nos interesa revisar, en su carácter de interacción con el pensamiento haitiano.

La comunidad intelectual haitiana era sumamente vital y pletórica de polémicas cotidianas. Durante la visita

de Guillén se producen debates de muy alta temperatura que sacuden a toda la sociedad. Sus intervenciones en distintos espacios públicos, aunque no eran parte de esas discusiones, aportan su óptica al respecto. Ese es el caso de sus conceptos sobre cultura popular y poesía. Al participar como huésped de honor de «L'Heure de l'Art Haïtien», espacio radial que presidía Clément Benoît (quien se vería enfrascado en una polémica días después), el poeta expresa que en esta trasmisión de arte popular haitiano es bueno recordar que «el arte del pueblo, el arte simple y profundo de las masas es la más auténtica fuente de la cultura humana».¹⁹

Pero su principal intervención sobre poesía y cultura cubana, en perspectiva diacrónica y comparada con el resto de la región latinoamericana, así como con su vínculo con África, es la conferencia impartida ante el Buró de Etnología. Concentró su disertación en un tema que le interesaba desarrollar: que desde su llegada a Cuba, el esclavo negro entró en un mestizaje étnico y cultural con su amo blanco. Después de la Primera guerra mundial, África devino un esnobismo, una moda en Europa. Pero cuando esta moda —que no podía encontrar un terreno de base histórica en el antiguo continente para su desarrollo normal— pasó a América, se transformó en un modo de expresión que corresponde a un «subsuelo histórico y étnico»; halló al negro con su dolor y rebeldía seculares.²⁰

Entonces, se pregunta Guillén, ¿puede existir en Haití, en Cuba, en Jamaica, en Brasil, una «poesía negra» pura?, y responde que no. El mismo contacto de esclavo y amo es vehículo y modo de expresión: la lengua metropolitana hace tal poesía imposible. Una poesía negra pura —declara Guillén— no puede existir más que en África, donde encuentra los medios naturales de expresión a través de las lenguas, las organizaciones sociales y la espiritualidad propia de los pueblos africanos.

Analiza a continuación la poesía afroamericana, según algunas tendencias. Rechaza la poesía hecha con el negro: un negro que cojea, baila, ríe y llora, un negro grotesco en el cual lo pintoresco disimula y escamotea la tragedia, el dolor, el hambre y la opresión. Una poesía exclusivamente para los negros también la rechaza, porque eso sería segmentar la cultura nacional, desunir, dividir la nación, mientras que el negro es parte integrante, inseparable, de esta cultura. De la cultura

nacional de Haití y de Cuba no se puede apartar al negro, «factor fundamental que expresa, a la vanguardia de las grandes luchas por la liberación material y espiritual de nuestro país, el elemento esencial de un mejor devenir histórico».²¹

El comentario posterior de Lorimer Denis —quien fuera junto a François Duvalier uno de los máximos teóricos de Les Griots— expone un proyecto futuro que prioriza la solidaridad racial continental: «En nombre de los intelectuales haitianos, le agradezco [...] por su misión cultural ante nuestras élites, misión cuya alta significación contribuye a establecer los principios de una nueva doctrina basada en la solidaridad racial y continental, de fraternidad humana, que prefigura lo que será el humanismo de la post-guerra».

Realmente los argumentos de Denis no estaban en sintonía con el disertante; más bien respondían al proyecto ideológico y cultural de Les Griots. Al agudo cronista del diario le llama la atención la ausencia de comentarios sobre el tema, y concluye con las siguientes frases, harto elocuentes: «Desgraciadamente, ninguno de los intelectuales presentes en esa reunión —sea por timidez o porque no tenían objeciones— solicitaron la palabra. Lamentamos particularmente que el jefe de la Escuela Haitiana de Etnografía, el Dr. Price-Mars, no haya hecho saber su opinión». Era, como hemos dicho, un diálogo de sordos, pues estaba implícito en los argumentos de Guillén un desmantelamiento de los conceptos que desechaban el mestizaje étnico e intelectual (primera premisa de su conferencia) como el molde donde se había creado una cultura e identidad propia y *sui generis* en Cuba, lo cual se inscribía en la convicción del devenir de la cultura nacional, por el momento utópica, del disertante.

Otro asunto al que queremos referirnos está relacionado con el grupo teatral Pierre Damballah, dirigido por Clément Benoît, y tiene imbricaciones con los conceptos del arte tradicional o folklore, la llamada campaña antisupersticiosa y el prejuicio de color al mismo tiempo. Se trata de la representación de *Gabelus*, «con escenas folklóricas inéditas», según proclaman los diarios. Precisamente ese mismo día aparece en la prensa una carta del Presidente Lescot acerca de los desórdenes entre católicos, protestantes e individuos que se dicen *rejetés*²² en Les Cayes.²³ Estaba en ejecución la llamada campaña antisupersticiosa contra los practicantes del vudú.

En el estreno de *Gabelus*, Clément Benoît hizo una declaración pública que puede considerarse un manifiesto:

Quizás el tiempo en que vivimos es el de reconocer el valor que ha poseído siempre el pueblo en la vida de una nación y de hablar del valor de sus manifestaciones propias en el

dominio del Arte [...] un asunto es claro, y es que el alma haitiana está enraizada a un haz de herencias en las que las influencias netas y precisas se abren paso en los menores detalles de nuestra historia, desde la colonia hasta nuestros días [...] No veo que se tenga en cuenta aquí el papel preponderante que tuvieron en la guerra de emancipación de los negros de Saint Domingue la mística africana formada en parte por las costumbres religiosas de las tribus.²⁴

Durante los días siguientes se desata la polémica alrededor de las declaraciones de Benoît y la pieza folklórica.²⁵ Entre las opiniones vertidas, aparece el apoyo de Jean Price-Mars a *Gabelus*.²⁶ Estas reacciones eran el eco en la comunidad intelectual a la persecución de los practicantes del vudú, la destrucción y quema de árboles que eran lugares de veneración y otras acciones lideradas por el clero bretón.

Jacques Roumain haría una interpretación atendible al macrofenómeno de la lucha contra las tradiciones y creencias populares, con una proposición final basada en la búsqueda de salida a los problemas de la pobreza en el sector rural haitiano. Su texto, titulado «À propos de la campagne anti-superstitieuse»,²⁷ publicado en 1942, comenzaba con una explicación de las distintas formas en que se manifiestan las supersticiones alrededor del mundo, con especial interés en los países europeos, y muy específicamente en Francia y en la región de la Bretaña. Existía en Haití un antecedente muy ilustrativo de vincular precisamente las supersticiones bretonas con las haitianas: una conferencia de Luce Archin Lay recordada por Duraciné Vaval en su *Histoire de la littérature haitienne ou L'Ame noir* (1933).²⁸ En ella, uno de los primeros textos panorámicos sobre la literatura nacional del siglo xx, Vaval pedía, a manera de verificación de ese aserto, que se leyera el hermoso libro de Anatole Le Braz (*La legende de la mort*), «donde se recogen las supersticiones bretonas, y se convencerán de la justeza de nuestra observación». También se hacía referencia a la conferencia del Dr. Léon Audain (1863-1930), médico haitiano radicado en París, quien regresó a su patria, escribió varios libros sobre medicina tropical e impartió la conferencia «Culte de la vie en Haïti», dedicada a las danzas y tradiciones del vudú. Mucho antes, en pleno siglo xix, Hannibal Price había recordado que algunas supersticiones haitianas, como el personaje del *loup-garou*, venía directamente de Francia.

Roumain debe haber partido de este arsenal de información para sustentar su opinión de que en todos los pueblos del mundo existen creencias supersticiosas. Y se preguntaba:

Desde el principio de este artículo, hemos dejado subsistir un equívoco que es conveniente disipar ahora. ¿Es el vudú una superstición? Bajo el punto de vista de la ortodoxia

religiosa, se le considera como tal, pero, en realidad, quiérase o no otorgarle esta calidad, el vudú representa un sincretismo católico-vudú que expresa una concepción religiosa precisa del mundo.²⁹

Abogaba por sustituir la represión a las creencias y tradiciones por un proyecto de educación del campesinado, si se quería cambiar su mentalidad religiosa arcaica. Y esto se podría obtener con la elevación del nivel económico de las masas y con un sistema de clínicas rurales. Finalmente, concluía: «Lo que hay que desarrollar en Haití no es una campaña anti-supersticiosa sino una campaña anti-miseria». Como hemos mencionado antes, Roumain miraba la otra cara de la moneda ante el prejuicio de color, pues al acometer un programa de reformas sociales se estaría contribuyendo a destruir el desnivel que ocasionaba este cisma entre negros y mulatos con sus consecuentes condicionantes sociales, clasistas.

Esto implicaba otra coincidencia entre Roumain y Guillén, si recordamos que el cubano, en su artículo «Racismo y cubanidad», de 1937, había insistido en lo siguiente:

Existen, eso sí, condiciones económicas favorables al mayor o menor desarrollo de una raza, pero esto no nos fuerza a declarar que ningún núcleo humano pueda ser considerado, en lo absoluto, fuera de las más difíciles posibilidades culturales. ¿Qué medios de instrucción tuvo el esclavo negro? ¿Cuáles tuvo el mismo negro libre? Ninguno [...] Si algún esfuerzo mayor tiene que realizar un negro sobre un blanco, estribará exclusivamente en el hecho económico, es decir, en los mejores medios de subsistencia y de vida con que tradicionalmente ha contado *la raza dominadora en el país*.³⁰

Mutatis mutandis, intercambiando la posición social del blanco en Cuba por la del mulato en Haití, y las de negros y mulatos en Cuba por las del sector campesino haitiano, mayoritariamente negro, los papeles que representa y los discursos se podían intercambiar. Pero esas eran las concepciones de Roumain y Guillén en el gran abanico de tendencias nacionales existentes, de las cuales se han mostrado aquí buena parte de las ideologías haitianas del momento. La manipulación consciente de una terminología racial por parte de los ideólogos y políticos haitianos enrarecía el panorama de los proyectos nacionales unitarios y hacía imposible concebir una ideología que sustentara el mestizaje como parte de esos proyectos, mientras que el cubano ponía una pica en Flandes al identificar la mezcla racial con la nación mediante su aspiración a un «color cubano», indicador de su «negros y blancos, todo mezclado»,³¹ que aboliera el prejuicio de color en un poema de *El son entero* (1947).

Como colofón al proyecto de nacionalidad implícito en el discurso ideológico de Nicolás Guillén, podemos arriesgarnos a declarar que la historia cubana

posterior —que transitara por un camino diverso al de Haití— demostraría lo complejo que resultaría convertir en realidad esas ideas, aun en el contexto de una revolución triunfante, con la voluntad y recursos para desarrollar la educación accesible a todos los sectores de la sociedad sin limitaciones raciales. Como corroboración de lo anterior, basten las palabras del propio líder de la Revolución, quien admitiría, en el año 2003, precisamente en relación directa con el tema de la educación y su repercusión en los distintos estratos de la sociedad cubana, lo siguiente:

Aun en sociedades como la de Cuba, surgida de una revolución social radical donde el pueblo alcanzó la plena y total igualdad legal y un nivel de educación revolucionaria que echó por tierra el componente subjetivo de la discriminación, esta existe todavía de otra forma. La calificación como discriminación objetiva, un fenómeno asociado a la pobreza y a un monopolio histórico de los conocimientos.³²

Lograr que el mestizaje, la mezcla racial se arraiguen en la población como un proyecto de nacionalidad en Cuba ha resultado harto complicado, y entre los obstáculos se encuentran factores históricos objetivos como la pervivencia de condiciones materiales de vida diferenciadas entre los distintos sectores raciales en el país, pues «la Revolución, más allá de los derechos y garantías alcanzados para todos los ciudadanos de cualquier etnia y origen, no ha logrado el mismo éxito en la lucha por erradicar las diferencias en el status social y económico de la población negra»,³³ así como las consecuencias que esto ocasiona en un diferente acceso a los niveles superiores de educación.

Notas

1. Bernardo Vega, *Trujillo y Haití*, v. I (1930-1937), Fundación Cultural Dominicana, Santo Domingo, 1988, p. 277, véase también las pp. 278, 294, 295, 318-20, 394-95 y 403 de ese volumen.

2. Uno de los factores que ha posibilitado el análisis de la dimensión y la repercusión de su visita ha sido la revisión en varias bibliotecas de esa nación de las fuentes de la prensa haitiana, que brindó una cobertura diaria a sus actividades, en particular, las colecciones siguientes: Bibliothèque Haïtienne des Freres (Institution Saint-Louis de Gonzague), Bibliothèque Haïtienne des Pères du Saint-Esprit (College Saint-Martial) y Bibliothèque Nationale d'Haïti.

3. Nicolás Guillén, «Haití y Hitler», *Hoy*, La Habana, 13 de enero de 1942. (Énfasis nuestro, EJR)

4. Nicolás Guillén, «Haití», *Magazine de Hoy*, La Habana, 8 de febrero de 1942. (Énfasis nuestro, EJR)

5. Véase Nicolás Guillén, «Haití y Hitler», ed. cit. (Énfasis nuestro, EJR)

6. Ídem.

7. Élie Lescot, *Proclama*, Pol Hermanos Editores, Santo Domingo, [1941], p. [3].

8. Nicolás Guillén, «Haití», ed. cit. (Énfasis nuestro, EJR)
9. En su prólogo al poemario *Sóngoro cosongo* (1931), Nicolás Guillén expresaba: «Por lo pronto, el espíritu de Cuba es mestizo. Y del espíritu hacia la piel nos vendrá el color definitivo. Algún día se dirá: 'color cubano'».
10. Nicolás Guillén, *Páginas vueltas*, Ediciones Unión, La Habana, 1982, p. 123.
11. Véase Howard Winant, ed., *Racial Condition; Politics, Theory, Comparisons*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1994; Michael Omi y Howard Winant, *Racial Formation in the United States: From the 1960s to the 1990s*, Routledge, Nueva York, 1994.
12. Micheline Labelle, *Idéologie de couleur et classes sociales en Haïti*, Les Presses de l'Université de Montréal, Montreal, 1978, p. 60.
13. Nicolás Guillén, *Páginas vueltas*, ed. cit., p. 122.
14. Gérard de Catalogne: *Haïti devant son destin*, Imprimerie de L'Etat, Port-au-Prince, s. f., [Prefacio de Louis Zephirin, presidente del Senado].
15. Kléber Georges-Jacob, *L'Ethnie Haïtienne*, Imprimerie de L'Etat, Port-au-Prince, 1941, (Bibliothèque Haïtienne), p. VII.
16. *Ibidem*, p. XV.
17. Laënnec Hurbon, «Nationalisme et démocratie en Haïti», *Chemins Critiques*, v. 3, nn. 1-2, Les Editions de CIDHCA/Imprimerie Henri Deschamps, Port-au-Prince/Montréal, diciembre de 1993, p. 7.
18. Ángel I. Augier, «Guillén ou la poésie cubaine», *Le Nouvelliste*, Port-au-Prince, 5 de septiembre de 1942, pp. 1 y 4.
19. «La 93ème émission de «L'Heure de l'Art Haïtien», en l'honneur de Nicolás Guillén», *Le Nouvelliste*, Port-au-Prince, 10 de septiembre de 1942, p. 1.
20. El núcleo de las ideas de este párrafo se encontraba ya en su artículo «Cuba, negros, poesía. Esquema para un ensayo», publicado en *Hora de España*, Valencia, noviembre de 1937.
21. Tomado de una extensa y pormenorizada crónica publicada en *Le Nouvelliste*, Port-au-Prince, 12 de octubre de 1942, pp. 1 y 4.
22. Así se denominaba a las personas que habían adjurado del vudú.
23. *Le Nouvelliste*, Port-au-Prince, 13 de septiembre de 1942.
24. «Au gala folklorique au Rex», *Le Nouvelliste*, Port-au-Prince, 24 de septiembre de 1942, pp. 1 y 4. También otro diario refleja en una crónica el éxito de la representación: «La salle fait une chaude ovation au Rex, à Marthe Augustin», *Le Matin*, Port-au-Prince, 24 de septiembre de 1942, p. 1 y 5.
25. «Les jours que nous vivons», *Le Matin*, Port-au-Prince, 7 de octubre de 1942, p. 1 y 3.
26. En *Le Nouvelliste*, Port-au-Prince, 21 de octubre de 1942, p. 1 y 4.
27. Jacques Roumain, «À propos de la campagne anti-superstitieuse», Imp. de l'État (ed. bilingüe), Port-au-Prince, 1942. (Se publicaría poco después en español, en el *Magazine de Hoy*, La Habana, 3 de enero de 1943, p. [4]). Tomado de Jacques Roumain, *Œuvres complètes*, edición crítica, Léon François Hoffmann, coord., Collection Archivos, n. 58, París, 2003, p. 755.
28. Duracine Vaval, *Histoire de la littérature haïtienne ou L'Ame noir*, Imprimerie Aug. A. Heraux, Port-au-Prince, 1933, p. 228.
29. Jacques Roumain, ob. cit.
30. Nicolás Guillén, «Racismo y cubanidad», *Mediodía*, La Habana, 15 de enero de 1937. (Énfasis nuestro, EJR). Reproducido en *Prosa de prisa. 1929-1972*, t. 1, Arte y Literatura, La Habana, 1975, pp. 66-7.
31. Nicolás Guillén, «Son número 6», *Obra poética*, t. 1, Letras Cubanas, La Habana, 1985, p. 202.
32. Fidel Castro Ruz, «El futuro desarrollo de nuestra educación tendrá una enorme connotación política, social y humana» (Discurso de clausura del Congreso Pedagogía 2003), *Granma*, La Habana, 8 de febrero de 2003, p. 5.
33. *Ídem*.